

Globalización, diversidad cultural y empoderamiento social¹

este
artículo

E

Por Fernando Tauber

General de la UNLP.

Investigador y profesor de grado y posgrado en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional de La Plata.

El momento en el que se sitúa la investigación en la que se inscribe aparente culminación de una etapa del proceso de desarrollo mundial, identificada como la globalización. Si bien ubicamos el inicio de esta etapa hacia inicios de los 70, cuando los cambios producidos en la economía, la tecnología, la sociedad y su cultura, y la política anunciaban una sociedad en la cual la industria sería superada en importancia por la información, el conocimiento y las comunicaciones informáticas, el concepto evoluciona como paradigma, en complejidad y alcance, desde la sociedad posindustrial -tecnocrática, del conocimiento, de la información- hasta la sociedad red.

En ese marco, la intrusión de las nuevas tecnologías, en particular de la información y la comunicación, obligó a las sociedades a encontrar formas de adaptar sus pautas culturales a las nuevas prácticas, y si bien se acentuó “la unificación planetaria” y la homogeneización de los modos de vida, también se multiplicó la producción de nuevas formas de heterogeneidad identitaria y pluralismo en un contexto en el que todas las sociedades son concebidas como construcciones culturales, si entendemos cultura como un conjunto de valores y creencias, en un proceso social de significación, que permiten a un grupo social, asumir y hacer frente a los cambios

Fernando Tauber es Secretario-junio 2004/mayo 2007- pertenece a la impuestos y necesarios para progresar en forma sostenible.

La incidencia y articulación entre la dimensión cultural y el capital social en los procesos de desarrollo inclusivo y sustentable, sumado al debilitamiento del Estado, consolidó una sociedad civil que busca la realización de sus intereses, muchas veces al margen de los cauces institucionales, y conformó un componente motivacional nuevo. En general, este componente es identificado como empoderamiento social y es entendido como la búsqueda de la coparticipación del poder o la capacidad de influir en él a partir de un proceso participativo por el cual las personas fortalecen sus capacidades, confianza, visión y protagonismo como grupo social para impulsar cambios positivos de las situaciones que viven.

1. La globalización como contexto

1.1. Evolución contemporánea del concepto

Diversos enfoques ordenan a la globalización como la tercera etapa en el transcurso de la mundialización, conformada por las fases de internacionalización, transnacionalización y globalización, afirmando que:

Al irse inventando las naciones, desde el tiempo de la emergencia del capitalismo mercantil, las grandes navegaciones transoceánicas y las conquistas coloniales a partir de la Europa del siglo XVI (...), se produce la internacionalización del capitalismo. Ya en el siglo XX, al final de la llamada “fase imperialista” se configura la etapa de la transnacionalización, cuyo motor principal lo constituyen las grandes empresas

llamadas transnacionales, que “jalan” y orientan los movimientos del capital, así como influyen en las relaciones entre Estados nacionales. Ahora, no se trata solamente del comercio internacional, sino también de los grandes flujos de inversión extranjera directa e indirecta y la mundialización de los procesos productivos mismos. También surgen los desarrollos científicos y tecnológicos, que llevarán a la génesis del “paradigma informaciona”, según le llama Manuel Castells, que está en la base de la actual “sociedad red”. La movilidad, tanto de capitales como de mercancías, y la ubicuidad que permiten a unos cuantos la tecnología de información y las telecomunicaciones desembocan en la gran interconectividad e interdependencia asimétricas que caracterizan al proceso ya propiamente de globalización (Sánchez Ruiz, 2001).

Lo cierto es que en los campos político, social, cultural y económico el fortalecimiento de las tendencias globalizadoras fue impulsado por una serie de acontecimientos entre los que pueden incluirse: la creación de las instituciones de Bretton Woods²; las revueltas estudiantiles y obrero estudiantiles del 68; el fin de la convertibilidad del dólar en oro y la

crisis del petróleo³; la Conferencia de Helsinki⁴; y, finalmente, la caída del Muro de Berlín⁵.

Esquema de la evolución de la globalización como proceso (Fazio Vengoa, 2000)

Periodo	Economía	Política	Sociedad y cultura	Fuerza motriz	Zonas afectadas	Epicentro de globalización
Época de los descubrimientos. Segunda mitad del Siglo XV y XVI	Rutas comerciales, mercado internacional, agente transnacional	Alianza poder político y mercaderes	Migraciones, contactos culturales, difusión valores culturales occidentales	Mercado internacional	Europa, América, Asia, África y Oceanía	Europa
Siglos XVII y XVIII	Consolidación mercantil entre Europa y zonas periféricas, mercados nacionales	Construcción de los Estados nacionales	Cultura nacional, mayor interacción de comunidades dentro de espacios nacionales	Política y cultura nacional	Europa	Europa
Finales del Siglo XVIII hasta mediados del Siglo XIX	Revolución Industrial, intercambio de manufacturas por materias primas	Poder político nacional	Consolidación de clases sociales nacionales, urbanización	Industria y desenclave de individuos de las comunidades	Europa, América del Norte y débilmente América Latina	Gran Bretaña
Segunda mitad del Siglo XIX hasta 1913	Segunda Revolución Industrial, modernización de transportes y comunicaciones	Imperialismo y colonialismo	Consolidación de las nuevas clases sociales, migraciones, arte vanguardista	Industria, comercio mundial	Europa, África, América, Asia y Oceanía	Gran Bretaña, Estados Unidos, Alemania
Primera a la Segunda Guerra Mundial	Inestabilidad financiera y comercial, tendencias autárquicas, taylorismo	Nacionalismo y formas extremas de autoritarismo		Guerras e inestabilidad	Con diferente intensidad, todo el mundo	Estados Unidos

Como se dijo, si bien ubicamos el inicio de la etapa de globalización hacia inicios de los 70, un conjunto de hechos y procesos invirtió las políticas keynesianas que habían dominado el capitalismo durante los anteriores veinticinco años y consolidó las condiciones institucionales para la globalización, tales como el derrumbe de las dictaduras comunistas en la URSS y en Europa del Este. “Si no hubiese cesado el ‘mundo comunista’ nadie hablaría hoy de globalización” (Mires, 1999); el debilitamiento del poder sindical, una reducción de gastos en el Esta-

Periodo	Economía	Política	Sociedad y cultura	Fuerza motriz	Zonas afectadas	Epicentro de globalización
1945 a finales de los años 60	Época dorada, crecimiento y estabilidad económica, instituciones y políticas multilaterales, fordismo	Guerra Fría, división del mundo en torno del eje Este-Oeste	Desencanto y utopías	Guerra Fría y políticas comerciales y financieras multilaterales	Con diferente intensidad, todo el mundo	Estados Unidos y Unión Soviética
Década de los 70 a la caída del Muro	Tercera Revolución Industrial, informática, acumulación flexible, revolución en las comunicaciones, intensificación financiera a nivel mundial, neoliberalismo	Debilitamiento de los referentes de la Guerra Fría, aparición de las potencias mercaderes, desafío a la hegemonía de las grandes potencias, interdependencia	Debilitamiento cuantitativo y cualitativo de la clase trabajadora, flexibilización laboral, precarización del trabajo, expansión de comunicaciones, aparición de referentes culturales mundiales	Informática, posfordismo, industrias culturales	Europa, América del Norte y sudeste asiático	Estados Unidos, la Unión Europea y Japón
Década de los 90 a la fecha	Expansión del mercado, libre comercio, liberalización financiera, adaptación de las economías nacionales a la globalización económica	Redefinición del papel del Estado, consolidación de nuevas redes de poder e influencia, desinstitucionalización de la política	Consolidación de las industrias culturales, referentes mundiales, hibridación y resistencia, división social en torno de la globalización	Mercado, liberalización financiera, Internet, cambios en el papel del Estado	Adaptación de los países del Este, Sur y Norte a los circuitos globalizados	Estados Unidos, la Unión Europea y Japón

do de bienestar a partir de la reducción de impuestos a los ricos y a las empresas y la desregulación y liberalización generalizada de los mercados, tanto nacional como internacionalmente (Castells, 2006). El desgaste de los mecanismos tradicionales de participación, la transición del papel del Estado, el desdibujamiento de las utopías y certezas que sostenían los movimientos de protesta de los 60 y 70, dan paso a una reorganización de la energía social, que va a modular de maneras diferentes lo político con la acentuación de los valores cotidianos.

El sindicato, el partido y la asociación aumentan como formas corporativas de control pero disminuyen como espacios de referencia y de adscripción, se asiste a la multiplicación de pequeños grupos que desbordan las categorías científicas en la medida en que no se inscriben, necesariamente, en una racionalidad orientada y finalizada. Pese a carecer de proyectos políticos explícitos o a reivindicar demandas puntuales, estas grupalidades erosionan al sistema desde los márgenes, alteran las formas de ejercicio del poder y reinventan los códigos de la comunicación a través de expresiones novedosas (Reguillo Cruz, 1999).

En otras palabras, “la crisis del industrialismo fue también la crisis del modelo específico de acumulación capitalista de la etapa de madurez del industrialismo” (Castells, 2006).

El fenómeno que se esconde detrás de todos estos cambios fue el inicio de la Tercera Revolución Industrial, que al comenzar el tránsito al posfordismo flexibilizó y deslocalizó la producción, alteró los anteriores patrones de relaciones laborales, impulsó la universalización de los flujos de capital y acrecentó la interdependencia económica a escala de todo el planeta. En el plano social, las transformaciones en la coyuntura⁶ trajeron consigo grandes modificaciones en los tejidos sociales, siendo el más significativo la emergencia de nuevos agentes y actores sobre todo en el sector terciario. Con la deslocalización productiva aumentó vertiginosamente el desempleo y se precarizaron las condiciones laborales en las naciones industrializadas en razón de la competencia que por el costo de la mano de obra se generaba entre las naciones en desarrollo. En lo cultural, uno de los aspectos más visibles fue la inusitada expansión de los medios de comunicación que han dado origen al surgimiento de elementos de una conciencia mundial en la medida en que se han creado nuevos referentes de identidad. Por último, a nivel político se observa el aumento vertiginoso de la interdependencia, la necesidad de los Estados de tener en cuenta las transformaciones que se presentan en el plano externo y adaptarse a ellas (Fazio Vengoa, 2001).

Estos cambios advertían el advenimiento de lo que en un principio se denominó “la sociedad posindustrial”. Para el sociólogo norteamericano Daniel Bell (1976), las actividades de tratamiento de la información en el siglo XX eran inducidas a reemplazar las actividades industriales manufactureras que en el siglo XIX habían tomado el lugar de las actividades agrícolas. Bell reconocía la necesidad, pero también la aceleración evidente, del avance de tres factores esenciales para dar un nuevo carácter a la sociedad: el desarrollo exponencial

de la ciencia, el desarrollo de tecnología⁷ intelectual y el desarrollo de la investigación. Así, el avance definitivo de la industria se produciría cuando la información sustituyera en importancia económica y social a la producción, lo que explica la trascendencia de la investigación en su pensamiento y su relación con las tareas de concepción de los productos.

Para Bell, cinco dimensiones distinguen la sociedad postindustrial de la anterior: “1) creación de una economía de servicios o terciaria; 2) predominio de la clase de los especialistas y de los técnicos; 3) peso del saber teórico como fuente de innovación⁸ y de cambio (el desarrollo de los productos de las nuevas industrias procede del trabajo realizado por las ciencias puras de lo que Bell llama, la codificación del saber teórico; 4) creación de una nueva tecnología de la inteligencia con su panoplia de herramientas como el análisis de los sistemas, la teoría de los juegos, la teoría de la decisión, etcétera; 5) posibilidad de un crecimiento tecnológico autónomo” (Mattelart, 1996).

Asimismo, Bell predice que como aumenta la importancia del componente técnico del conocimiento los científicos, los ingenieros y tecnócratas integrarán una clase media asalariada de un alto nivel de formación que se verá obligada a competir con los políticos o a convertirse en sus aliados, generando un vínculo entre la estructura social y el orden político que será el problema clave en cualquier concepción de poder. Es por eso que la sociedad postindustrial pone el acento en los servicios sociales, tales como la educación, la sanidad y la seguridad social, y en los servicios profesionales, como la informática, el análisis de sistemas y la investigación científica (Mattelart, 1996).

La importancia del componente técnico asignada por Bell en los 70 es compartida por el politólogo Zbigniew Brzezinski (1970), asesor de Jimmy Carter en temas de seguridad, y al que se le atribuye el

concepto de “sociedad tecnocrónica”, esto es, una “sociedad cuya forma está determinada en el plano cultural, psicológico, social y económico por la influencia de la tecnología y de la electrónica -especialmente en el campo de los ordenadores y de las comunicaciones-”.

En la medida en que lo político se debilita, la tecnología pasa a constituirse en “un elemento crucial de la redefinición del contrato social y de las instituciones, tanto en el plano local y nacional como a escala mundial” (Mattelart, 1998). “La política pide la opinión de los ciudadanos sobre los problemas creados por las técnicas, como el uso de lo nuclear, del combustible o del diesel, los desechos y la polución, los trasplantes y la clonación, los alimentos transgénicos y la vaca loca”, porque la tecnología robustece un sentimiento de la comunidad en el que, por ejemplo, “las tecnologías médicas y ecológicas son reconocidas como las figuras principales del bien común” (Sfez, 2005).

Además, la relación entre tecnología y cultura/educación ya no es meramente instrumental sino que se relaciona con los marcos de conocimiento, con las prácticas sociales y con las emociones y los sentimientos, pasando a ser necesario pensar la tecnología desde la desigualdad. Por ejemplo, el libro como tecnología, ya no es el emblema principal del saber y la cultura, y la inteligencia secuencial que educaba la maestra y la lectura son reemplazadas paulatinamente por la inteligencia simultánea que promueve la Internet, aunque las relaciones presenciales aún sean complementarias de las relaciones virtuales –en ese marco, la Internet ya no es un problema de acceso sino del capital cultural del que lo usa– (Quiroz, 2007).

En esa misma década del setenta, en la que se desarrollan las teorías de sociedad posindustrial y sociedad tecnocrónica, Peter Drucker (1974) habla por primera vez de la sociedad del conocimiento, en la que asocia tecnología y conocimiento. A pesar de que el alcance del término será reinterpretado en la década del 90, Drucker reclama una teoría económica que coloque al conocimiento en el centro de la producción de riqueza, planteando que la economía ya no basará sus fuentes de producción de bienes o servicios en las materias primas y la mano de obra, sino en un conocimiento que para su generalización y evolución en más conocimiento se basa en la sistematización, la organización y en las tecnologías de información y comunicación.

En el presente, la dimensión del conocimiento científico-técnico, tal como la concebían Bell, Brzezinski y Drucker, evoluciona desde su dimensión económica a una dimensión social que incluye otros componentes como:

[...] el talento y la experiencia colectivos, así como el conocimiento tácito presente en los trabajadores, orientado hacia formas de saber-hacer propias del conocimiento tecnológico o hacia otros valores de carácter inmaterial aplicados a la producción.

[...] la ‘sociedad del conocimiento’ es entonces aquella sociedad en la cual cada individuo y cada organización construye su propia capacidad de acción, y por lo tanto su posición en la sociedad a través de procesos de adquisición y desarrollo de conocimiento, organizados de tal forma que puedan contribuir a procesos de aprendizaje social. A tal fin, básicamente se

requiere de la capacidad para generar conocimiento sobre su realidad y su entorno, y para utilizar dicho conocimiento en el proceso de concebir, forjar y construir su futuro (Medina Vásquez y Ortegón, 2006).

Casi dos décadas después, Manuel Castells (1996 y 2006) ensancha y complejiza los aportes de Bell, Brzezinski y Drucker aportando la idea de “sociedad red”. El sociólogo interpreta que la reestructuración del sistema capitalista en la década del 70, a partir de la interacción de asuntos como la crisis económica del industrialismo y la crisis política del estatismo; la proliferación y consolidación de movimientos sociales y culturales de finales de los 60 y comienzos de los 70⁹, que predicaron y militaron una cultura de libertad en defensa del individuo social, sus derechos, sus diferencias y su medio, tales como el antiautoritarismo, la defensa de los derechos humanos, el feminismo y el ecologismo; la revolución en las tecnologías de la información y la comunicación, con inventos tales como el microprocesador, el ordenador personal, la central telefónica digital, la Internet (y la recombinación del ADN); y las multiplicaciones y reacciones que desencadenaron esas interacciones, trajeron como consecuencia, a partir de los 80, un nuevo modo de desarrollo que denomina “el informacionalismo” y cuya fuente de productividad se basa en la tecnología de la gestión del conocimiento, el procesamiento de la información y la comunicación de símbolos.

Adviértase el acento que pone Castells, en las tecnologías de gestión de conocimiento, en la información y en la semiótica de la comunicación, lo que ratifica la vigencia del rumbo global y la aceleración de ese proceso. No obstante, es interesante entender el alcance de los vínculos entre estos tres componentes:

Si cualquier información en el sentido habitual del término es conocimiento, como afirma F. Machlup

(1962), no puede llamarse información a cualquier conocimiento. En consecuencia, su esquema de análisis distingue cinco tipos de conocimiento: el conocimiento práctico, útil para el trabajo, las decisiones y las acciones (incluye tanto los conocimientos relativos a la profesión, los negocios, el oficio, como la política o el hogar); el conocimiento intelectual, que satisface la curiosidad intelectual, como si formara parte de la educación liberal, la enseñanza científica, la cultura general, y que exige una concentración activa; el conocimiento pasatiempo, que satisface el deseo de entretenimiento ligero y de estímulo emocional (rumores, bromas, sucesos, cotilleos, juegos, etcétera), en resumen, todo lo que no exige más que una actitud pasiva; el conocimiento espiritual, ligado al saber religioso; el conocimiento no querido, adquirido accidentalmente y poco recordado. Todas estas categorías constituyen la base de lo que llama "industria del conocimiento" (Mattelart, 1996).

Para Castells, el informacionalismo es un paradigma tecnológico que construye los cimientos de lo que emergería a fines del siglo XX y se consolidaría en los primeros años del siglo XXI y que denominaría: una nueva estructura social, "la sociedad red"; una nueva economía, "la economía informacional/ global", y una nueva cultura, "la cultura de la virtualidad real". A su entender, esta nueva cultura sintetiza los valores de sus antecedentes: "El valor de la libertad y de la autonomía personal frente a las instituciones de la sociedad y el poder de las grandes empresas; el valor de la diversidad cultural y la afirmación de los derechos de las minorías, expresados en términos de derechos humanos; y el valor de la solidaridad ecológica; es decir, la reunificación del interés de la especie humana como un bien común, en oposición a los valores industriales de crecimiento y consumo material a cualquier precio".

La lógica inserta en esta economía, en esta sociedad y en esta cultura condiciona y subyace en la acción social y en las instituciones de un mundo interdependiente, tema de particular importancia para el objeto de nuestra investigación. "La red es una estructura común a cualquier vida; donde quiera que vemos vida vemos redes" (Capra, 2002). Una sociedad red es una estructura social¹⁰ dinámica (flexible, adaptable y con capacidad de supervivencia), maleable a las fuerzas sociales, a la cultura, a la política y a las estrategias económicas y "compuesta de redes potenciadas por tecnologías de la información y de la comunicación basadas en la microelectrónica"¹¹ (Castells, 2006), en la que el tiempo es real y el conocimiento que se destina a tomar decisiones o gestionar procesos más rápido se jerarquiza (Quiroz, 2007). "Las redes de comunicación"¹² en tiempo real están configurando el modo de organización del planeta" (Mattelart, 1998).

La sociedad red rompe la secuencialidad -lógica de orden de la escritura¹³- y la hipertextualidad permite ser autor y lector. La interactividad ya no es un concepto sólo de la informática sino de la comunicación, pues permite la intervención por parte del usuario sobre el contenido, transformar el espectador en actor, el diálogo individualizado con los servicios y que cada uno de los espectadores/actores reciba mensajes producidos por otro y

responda él produciendo cambios, todo esto en tiempo real y en el espacio virtual y global, sin límites territoriales (Quiroz, 2007). Por esto, si consideramos nuestra sociedad como una sociedad red, debemos situar en el centro del análisis la capacidad de las instituciones, las organizaciones y los actores sociales para organizarse en red, tanto local como globalmente (Castells, 2006).

Justamente, en términos organizacionales "la globalización es un asunto interno y externo. Es un modo de organización de la firma y un modo de relacionarse con el espacio-mundo". Las formas de autoridad piramidal, heredadas de las concepciones militares, decaen tanto en la empresa como en las instituciones de gestión pública, donde la retención de la información era fuente de saber-poder y todo funcionaba mediante la sanción, y aparece el modelo de gestión en red. "Red de información y de comunicación, donde el personal está implicado y se siente responsable de la creación y realización de los objetivos, donde la crítica positiva busca la armonía de las redes de interacción, captando la innovación, informal y espontánea, la creatividad de los empleados, la apropiación de un saber y de un saber-hacer y su permanente reinversión en la organización" (Mattelart, 1996).

En los procesos de producción, este modelo global de gestión en red comprende: la "desmasificación", que permite productos diferenciados y segmentados; la "desintermediación", que reemplaza a los intermediarios en el acceso y permite la aparición de nuevas profesiones; "la desagregación" productiva mayor, que permite que una parte se haga en un país y otra en otro, o que un estreno sea mundial; y la "descentralización", que aumenta la información y hace que las organizaciones, como plantea Mattelart, se basen en la confianza más que en el control (Quiroz, 2007).

Lo cierto es que en un contexto global que evoluciona en la complejidad y el alcance de su definición como paradigma desde “sociedad posindustrial”, “tecnocrónica”, “del conocimiento” y “de la información” hasta “sociedad red”, y “ante la intrusión de la tecnología moderna, las sociedades deben encontrar formas de adaptar sus pautas culturales a las nuevas prácticas” (Fuentes, 1997).

1.2. Alcances de la globalización

“En inglés, el término global es sinónimo de ‘holistic’ [...] Se trata de un término que se refiere explícitamente a una filosofía holística, esto es, a una idea de una unidad totalizadora o unidad sistémica” (Mattelart, 1998). El holismo enfatiza la importancia del todo, que es más grande y se comporta diferente que la suma de las partes y da importancia a la interdependencia de éstas. En esa línea, la globalización no tiene un signo único sino que tiene características que más que con la homogeneización se vinculan con la interconexión (Quiroz, 2007).

Pareciera que el peso de los factores económicos en el proceso de globalización condiciona y desplaza los aspectos sociales, culturales, ambientales y políticos. Sin embargo, uno de los pocos autores que no acepta una determinación económica del proceso de globalización es Ralf Dahrendorf (1997), quien plantea una globalización geográfica, una globalización ambiental -con sus catástrofes, riesgos y deterioros-, una globalización tecnológica -que se deduce de la revolución informática-, y una última globalización de los mercados financieros.

En el mismo sentido, el grupo de Lisboa (1997) distingue siete globalizaciones: de las finanzas; de los mercados; de la tecnología y el saber unido a ella; de las formas de vida, pautas de consumo y vida cultural; de las posibilidades de regulación y conducción; del crecimiento político conjunto del mundo; y de la percepción y la conciencia (Mires, 1999). No obstante, si nos referimos a la economía y al mercado, este mismo autor dirá que “el capitalismo siempre había tendido a la globalidad”, y a pesar de que el capitalismo global está lejos de constituir un sistema estable se ha convertido en el único juego (económico) del planeta, “aunque cada vez sea más desafiado por minorías activistas y lleve el lastre de la marginalización de la mayoría de la humanidad” (Castells, 2006).

Los cambios económicos, tecnológicos y comunicacionales de las últimas décadas produjeron una gran transformación cultural. En este sentido, “‘las comunicaciones están penetrando hasta el corazón del trabajo y del sistema productivo’ (S. Hall), no sólo por el aporte fundamental de los medios al proceso de valorización del capital sino por el papel que la información juega ya en cuanto materia prima de cualquier producción e incluso redefinidora de los procesos mismos de producción” (Martín Barbero, 1981). A partir de esta transformación, no tiene ninguna importancia de dónde se viene, cuál es el nivel de desarrollo o cuál nuestro pasado, pues todos los actores disponen de idénticas condiciones para asumir la modernidad globalizadora, en la medida en que asuman los retos y desafíos

que les depara el presente. “A partir de la velocidad del consumo, de la producción, de los intercambios y los beneficios desvincula el presente del pasado, transforma todo en presente e involucra los anhelos futuros en la inmediatez” (Fazio Vengoa, 2001).

Existe una resonancia natural entre la carrera espectacular del “ahora”, impulsada por la tecnología de compresión del tiempo y la lógica de la economía orientada hacia el consumo. De acuerdo con esta última, la satisfacción del consumidor debe ser instantánea, dicho en un doble sentido. Es evidente que el bien consumido debe causar satisfacción inmediata, sin requerir la adquisición previa de destrezas ni un trabajo preparatorio prolongado; pero la satisfacción debe terminar “en seguida”, es decir, apenas pasa el tiempo necesario para el consumo. Y ese tiempo debe reducirse al mínimo indispensable (Bauman, 1999).

Si nos referimos a la política y al poder, “la globalización no es una forma más sutil de colonialismo o imperialismo, aun cuando [...] es un proceso que comporta intrínsecamente nuevas formas de jerarquización y dependencia, sino que alude a una serie de profundos cambios que están teniendo lugar en los diferentes planos y ámbitos sociales y en los distintos países”. Estos cambios respecto de nuestro pasado más inmediato radican en que “la intensificación de la globalización, en sus distintas manifestaciones, nos obliga a incorporarla como una variable que debe estar en el trasfondo de nuestras políticas de desarrollo” (Fazio Vengoa, 2001).

“Las lógicas transnacionales impugnan los fundamentos institucionales de los sistemas de comunicación de los Estados-nación¹⁴. Al conectarlos con las normas de redes planetarias, resulta que el proceso de desregulación prefigura una profunda mutación del modelo económico y social. Para referirse a esta fase de integración mundial, iniciada

en los años 80, ha brotado la noción de globalización” (Mattelart, 1998). Sin embargo, “el nuevo modelo de desarrollo mundial provoca un progresivo desprendimiento de segmentos de economías, de culturas y de sociedades, de países y de grupos sociales, que dejan de tener un interés funcional y económico para el sistema en su conjunto, al ser demasiado pobres para constituir mercados y demasiado atrasados para servir de fuerza de trabajo en un sistema productivo basado en la información” (Mattelart, 1996).

Si nos referimos a la sociedad y al territorio, “la globalización puede definirse como la intensificación de relaciones sociales planetarias que aproximan a tal punto los lugares distantes que los acontecimientos locales sufren la influencia de hechos ocurridos a miles de kilómetros y viceversa” (Giddens, 1994). “Los dispositivos¹⁵ de comunicación, al ampliar progresivamente el ámbito de circulación de las personas y bienes materiales y simbólicos, han acelerado la incorporación de las sociedades particulares en unos conjuntos cada vez más vastos, y no han cesado de desplazar las fronteras físicas, intelectuales y mentales” (Mattelart, 1998).

Las áreas sociales de experimentación y aplicación de las nuevas tecnologías de comunicación son principalmente:

- la automatización de los procesos productivos, su extensión y refinamiento;
- la administración del Estado, a partir de la computación de los ficheros cívico-policiales, esto es, el paso a los ficheros preventivos y de “perfiles globales”;
- la informática médica, que va de la computación en el manejo de aparatos altamente peligrosos hasta la “revolución” del ejercicio de la medicina con la automatización de toda clase de exámenes y análisis, lo que disminuirá la necesidad de los especialistas;
- la enseñanza, ámbito donde la instrucción partida por computadoras “convertirá el saber en sólo saber buscar y utilizar”;
- los medios masivos, esto es, la puesta en funcionamiento de los circuitos comunicativos que permiten el feed-back instantáneo aplicado tanto a la información para compra de mercancías como al disfrute de programas culturales (Martín Barbero, 1981).

Las tecnologías de la información se incluyen entre las tecnologías de la comunicación, ya que la información pierde relevancia si no se comunica. Además, “todas las sociedades conocidas se han basado en la información y el conocimiento como fuentes de poder, riqueza y significado. La información no tiene mucho valor en sí misma sin el conocimiento para recombinarla con un propósito. Y el conocimiento, por supuesto, es algo relativo a cada cultura y sociedad” (Castells, 2006). Reafirmando esa visión, el filósofo y antropólogo Jesús Martín Barbero (2004) sostiene:

La información se ha convertido en un nuevo paradigma de organización de la sociedad, pues constituye hoy el valor agregado por antonomasia, ya sea:

- incorporada a los productos en su composición material, en su “forma” o en su transformación genética;

- incorporada a los procesos de producción en la “fábrica flexible” que organizan los flujos informacionales de invención, programación y evaluación, en la circulación de las mercancías y la función del marketing;

- convertida ella misma en producto que se halla en la base de la llamada “economía informacional”: el mercado de bienes digitales que enlaza cada día más velozmente la producción con la circulación de conocimiento y de cultura.

“A finales de los años 70, el Estado-nación se ve atacado por los dos flancos. Se denuncia que un país es demasiado grande para los pequeños problemas de la existencia. Pero también se denuncia que se ha hecho demasiado pequeño para los grandes problemas [...] Las redes de información y de comunicación se convertirán en la panacea para escapar a este doble callejón sin salida” (Mattelart, 1998).

En términos socioculturales, el proceso de globalización consolida ese asunto y en la visión de sus diversos analistas repasa, con matices, dos características destacadas: “Por un lado, los pueblos y las estructuras sociales que anteriormente habían estado más bien apartados entre sí, ahora interfieren cada vez más en las condiciones de vida mutuas, física y materialmente. Por otro, hay un creciente flujo directo de cultura, de significados y de modos de expresión” (Hannerz, 1998). Si bien se acentúan “la progresiva unificación planetaria y la homogeneización de los modos de vida”, también se multiplica “la producción de nuevas formas de heterogeneidad y el pluralismo que resulta de la emergencia de identidades transnacionales a través de procesos de etnogénesis o de radicalización de perfiles de identidad ya existentes” (Segato, 1997).

“El mundo, la sociedad, la vida y la identidad personal son cada vez más problematizados. Pueden ser objeto de múltiples interpretaciones y cada

interpretación define sus propias perspectivas de acción posible” (Berger y Luckmann, 1997). La convivencia de las dos características mencionadas relativiza la disyuntiva de defender la identidad o globalizarse, pues el proceso global no es absoluto ni en la construcción de un modelo caracterizado por lo homogéneo, ni conduce “a la revisión de cuestiones identitarias aisladas, sino a encarar con más realismo la heterogeneidad, la diferencia y la desigualdad (García Canclini, 1999).

Esta recuperación de la diferencia como valor cultural universal, se afirma en considerar que la identidad, “es esencialmente pertenencia y tiene un efecto directamente productivo en las relaciones sociales, ya que pertenecer a ‘un algo’, compartir un lenguaje, un estilo, ciertas rutinas, implica necesariamente desmarcarse con respecto a ‘otro algo’. La identidad tiene como elemento fundamental para su constitución, la diferencia. Entre más clara sea ésta, tanto más nítido resultará el nosotros colectivo” (Reguillo Cruz, 1999). La “diferenciación dentro de la globalización” no respeta los límites políticos del territorio y rescata, “las diferencias y las semejanzas más allá de las fronteras nacionales, intentando delimitar mentalidades socioculturales, o sea, grandes conjuntos de individuos que comparten condiciones de vida, sistemas de valores, de prioridades, de gustos y de normas” (Mattelart, 1996).

Su persistencia, a pesar del embate homogeneizante, encuentra respuestas en la resistencia, el mimetismo, la adaptación y la reapropiación. “En una palabra, los interrogantes, en lo sucesivo, se plantean acerca de los procesos de ‘resignificación’ mediante los cuales, estas innumerables conexiones con las redes, que constituyen la trama de la mundialización, adquieren un sentido para cada comunidad” (Mattelart, 1996), demostrando que “adaptarse a los cambios de escala no consiste en dejar de privilegiar la observación de pequeñas unidades, sino en tener en cuenta los mundos que las atraviesan, que las desbordan, y que al actuar no cesan de constituir las y reconstituir las” (Augé, 1994).

Esta difícil convivencia entre semejanzas y diferencias, entre lo singular y lo universal, “entre la pluralidad de las culturas y las fuerzas centrífugas del mercado-mundo, pero también entre distintas formas de concebir lo universal” (Mattelart, 1996) se reconoce en una estructura social global, pero con experiencia local, tanto en sentido territorial (definido por los límites actuales de los Estados-nación), como cultural (delimitado por las fronteras culturales de su identidad histórica), estando “profundamente fragmentadas por la doble lógica de la inclusión o exclusión en las redes globales que estructuran la producción, el consumo, la comunicación y el poder” (Castells, 2006).

Un mundo donde las certezas locales pierden su exclusividad, y pueden por eso ser menos mezquinas, donde los estereotipos con los que nos representábamos a los lejanos se descomponen en la medida en que nos cruzamos con ellos a menudo, presenta la ocasión (sin muchas garantías) de que la convivencia global sea menos incomprensiva, con menores malentendidos, que en los tiempos de la colonización y el imperialismo. Para ello es

necesario que la globalización se haga cargo de los imaginarios con que trabaja y de la interculturalidad que moviliza [...].

[...] Hay que elaborar construcciones lógicamente consistentes, que puedan contrastarse con las maneras en que lo global se estaciona en cada cultura y los modos en que lo local se reestructura para sobrevivir, y quizá obtener algunas ventajas, en los intercambios que se globalizan (García Canclini, 1999).

La dinámica cultural de las sociedades “configura dos escenarios estratégicos: el de la integración regional y el del descentramiento de lo nacional” (Martín Barbero, 2004) en los que las marcadas asimetrías territoriales en el resultado de los procesos de mejora de la calidad de vida y evolución institucional incentivan la búsqueda del desarrollo comunitario a partir de integrar a los factores económicos aspectos socioculturales y ambientales. En ese contexto, “uno de los retos centrales es la necesidad de encontrar un equilibrio adecuado entre internacionalización y regionalización, tanto en el plano de los principios de organización y de las estructuras, como en el de la estrategia-producto” (Mattelart, 1996).

Sin embargo, los alcances de la globalización no se agotan en las dimensiones citadas. “Al desplazar el debate sobre la globalización de la cuestión de la identidad a los desencuentros entre políticas de integración supranacional y comportamientos ciudadanos, nos negamos a reducirlo a la oposición global/local” (García Canclini, 1999). En todo caso, sus consecuencias definen una característica propia que se basa en la desigualdad entre “quienes son capaces de conectarse a redes supranacionales de quienes quedan arrinconados en sus reductos locales” (García Canclini, 1999); en la incertidumbre -y la angustia nacida de la incertidumbre-; en la inestabilidad y en la fragmentariedad, a las que se suman la marginalidad,

producto de la emancipación del capital con respecto al trabajo, pues los nuevos pobres no son miembros de la sociedad de consumo y “tienen que ser disciplinados por la acción combinada de la represión, la vigilancia policial, la autoridad y la regulación normativa” (Bauman, 1995); y en ocasiones la desconfianza, que “desintegra el entramado de compromisos humanos, haciendo del mundo un lugar todavía más peligroso y temible” (Bauman, 2004).

“Los poderes estatales no pueden hacer casi nada para aplacar la incertidumbre, y menos aún para acabar con ella. Lo máximo que pueden hacer es reorientarla hacia objetos al alcance; desplazarla de los objetos respecto de los cuales nada pueden hacer a aquellos que pueden alardear al menos de manejar y controlar. Refugiados, solicitantes de asilo, inmigrantes, los productos residuales de la globalización, satisfacen a la perfección esos requisitos” (Bauman, 2004).

La antropóloga mexicana Rossana Reguillo Cruz (2007) propone, desde la teoría sociocultural latinoamericana, considerar cinco condicionantes que incluyen los productos mencionados por Zygmunt Bauman para pensar globalmente el escenario mundial:

1) Las migraciones y su dimensión estructural, sistémica y económica en el contagio, el intercambio y la transformación de la vida que generan entre culturas diferentes y las diásporas que provocan las rearticulaciones locales sin nuevos lugares, a las que criminalizan y culpan los sectores propietarios.

2) Las gramáticas de la violencia que la convierten en la lengua franca del siglo a partir de dimensiones tales como “la socialidad” o la sociedad comunicándose (la violencia expresiva que a diferen-

cia de la violencia instrumental que se ejerce para extraer un valor, tiene como fin mandar un mensaje, siendo expresividad pura); y “la sociabilidad” o la sociedad estructurándose, organizándose (la violencia como estructurante espacial -por ejemplo, las urbanizaciones cerradas- o como generadora de gestión paralegal de la sociedad -por ejemplo, el narcotráfico o la administración de las fabelas-).

3) El desencanto y la búsqueda de sentido, a partir de la fragmentación de las estrategias en las que los actores sociales producen el sentido de la vida (por ejemplo, el crecimiento de las neoreligiones).

4) La biopolítica o la construcción de la diferencia como espacio de disputa política para conseguir la identidad pero en debate con la diferencia, políticamente situada (por ejemplo, me despiden porque no hablo inglés).

5) La tecnocomunicación y la reconfiguración del debate público a partir de aprovechar las tecnologías de visibilidad para acelerar nuestro “ver”; considerando que la saturación textual y tecnológica produce una invisibilización contextual.

Estos productos de la globalización imponen el desafío individual y colectivo o social de desarrollar “la versatilidad”, condicionada por el tiempo y acompañada por la improvisación y la adaptación; “el talento”, expandiendo potencialidades y habilidades (los ciclos del saber

son cada vez más breves) y “la renuncia”, que permita desprenderse del pasado (Quiroz, 2007), para que el futuro de la globalización lo decidan ciudadanos multiculturales. En otras palabras, “está la necesidad de impulsar una nueva subjetividad en la que los ciudadanos asumamos el compromiso de un accionar colectivo, no como una acción defensiva, ni aparente, sino como el fundamento mismo de una dimensión ético-política que incluya a todos los actores en las definiciones sociales que dan forma, orientan y dan sentido a este trayecto que llamamos vida” (Reguillo Cruz, 1999).

2. Alcances de la dimensión cultural, el capital social y el empoderamiento

El estado dual contrapuesto –homogéneo/heterogéneo, singular/ universal, local/ global– que significa la sociedad actual en su contexto y la necesidad de adaptación permanente de sus pautas culturales a ese juego de tensiones vuelven necesario precisar los alcances del concepto de cultura al que nos referimos, para comprender y poder abordar la dimensión cultural y el empoderamiento emergente del capital social necesario para las transformaciones comunitarias e institucionales que involucran a nuestro objeto de estudio.

Según Bauman (1995), “el concepto de ‘cultura’ recién se acuñó en el siglo XVIII. Antes, no había en el lenguaje educado -y ni hablar del cotidiano- nada que se pareciera siquiera remotamente a la cosmovisión compleja que la palabra ‘cultura’ intenta abarcar”, y afirma que “el mismo activismo del poder presidió el ‘descubrimiento’ de la cultura”.

El sociólogo francés Armand Mattelart (1997), toma del pensamiento de Geertz (1973) la idea de que la cultura no es algo con lo que los acontecimientos sociales, los comportamientos, las instituciones o los procesos puedan ser relacionados

de forma casual, sino que “es más bien ‘una compleja red de significaciones’ que da un sentido común o público a los comportamientos y los discursos de los actores individuales”; y con ese fundamento concluye que la cultura se entiende “como esa memoria colectiva que hace posible la comunicación entre los miembros de una colectividad históricamente ubicada, crea entre ellos una comunidad de sentido (función expresiva), les permite adaptarse a un entorno natural (función económica) y, por último, les da la capacidad de argumentar racionalmente los valores implícitos en la forma prevaleciente de las relaciones sociales (función retórica, de legitimación/deslegitimación” (Mattelart, 1996).

En forma complementaria, George Yúdice (2003) relata que “para la teoría antropológica, la cultura comunal, en tanto conjunto de ideas y valores, confiere identidad al individuo [...] para fines políticos. La cultura es, por tanto, algo más que el anclaje proporcionado por un acervo de ideas y valores [...] se basa en la diferencia que funciona como un recurso”.

En un sentido amplio, el antropólogo Gilbert Rist (2000) afirma que “cultura se refiere al conjunto de relaciones que los miembros de una sociedad dada mantienen entre sí, así como a las relaciones que mantienen con la naturaleza¹⁶ y lo sagrado, y las prácticas que de allí se derivan”. Y en un análisis posterior de su obra reflexiona que “la cultura, parafraseando a Bourdieu, puede ser considerada como un conjunto de disposiciones duraderas que son producidas por la historia y a la vez productoras de historia, que determinan prácticas y representaciones tanto más regulares cuanto que funcionan de por sí y al mismo tiempo se van ajustando sin cesar a las nuevas circunstancias que debe enfrentar la sociedad”.

En la misma línea, Renato Rosaldo (1991) asegura que “la cultura proporciona significado a la experiencia humana, seleccionándola y organizándola. Se refiere con amplitud a las formas por las que la gente da sentido a su vida [...]”. Y Guy Hermet (2000) interpreta “el concepto de cultura [...] elaborado con el sentido más amplio de matriz del estilo de vida y del sistema de significaciones de cada comunidad humana”. Estas aproximaciones y definiciones aún vigentes, refieren a la cultura como poder, como recurso, como un conjunto de ideas y valores, de relaciones sociales, de disposiciones duraderas producidas y productoras de historia y como una compleja red de significaciones.

Una definición de García Canclini pareciera sintetizar esta corriente de pensamiento encarnada básicamente por sociólogos y antropólogos contemporáneos y define, por fin, que la cultura “abarca el conjunto de los procesos sociales de significación, o, de otro modo más complejo, la cultura abarca el conjunto de procesos sociales de producción, circulación y consumo de la significación (o apropiación del sentido) en la vida social”. Y Mónica Lacarriue (2005), refiriéndose a la definición de García Canclini, remata concluyendo que, “desde esta perspectiva, todo puede ser cultura: los bienes materiales que poseemos, las prácticas sociales, el arte, pero también la economía, la industria, la educación y la política, entre otros”. Aclarando que “la cultura es el producto de la articulación entre la dimensión

material y la simbólica¹⁷”. En definitiva, “todas las sociedades son construcciones culturales, si entendemos cultura como el conjunto de valores y creencias que dan forma y motivan el comportamiento de las personas” (Castells, 2006).

Si asociamos el alcance de la dimensión cultural a la sociedad red en el marco de la globalización analizadas en el apartado anterior “a medida que se extendía el sistema-mundo, conectando las diversas sociedades con productos y redes llamadas a funcionar con lo universal, se han elaborado enfoques de la transnacionalización de la cultura que se preocupan de restituirle su carácter de proceso de interacciones múltiples” (Mattelart, 1996). En ese marco global, el alcance de la cultura adquiere un doble rol: el de la cultura como producto (económico) y el de la cultura como proceso (social).

En el primer rol, “el formidable aumento de las formas de comunicar y de las ocasiones de contacto entre las culturas, ocurrido desde los años 50 para acá” (Mattelart, 1996), aceleradas y potenciadas por el último tramo de la globalización, introdujeron en la cultura las lógicas del mercado y de la producción industrial, pasando las empresas, las instituciones, el Estado, la sociedad civil organizada y los individuos, de actores-espectadores a productores-consumidores.

La primera teoría de las industrias culturales, elaborada por los filósofos y sociólogos alemanes de la Escuela de Frankfurt, Theodor Adorno y Max Horkheimer, exiliados por el nazismo, nace a fines de los 40. Sin embargo, recién en 1978 el concepto es incorporado por el Consejo de Europa en sus enunciados administrativos, abarcando el disco, el libro, el cine, la radio-televisión, prensa, fotografía, reproducciones artísticas, publicidad, los nuevos productos y servicios audiovisuales (Mattelart, 1996). Y es en los 80 cuando se multiplican los grupos multimedia de empresas, delimitados y moldeados

por la televisión, la radio, los medios impresos, las películas, el video, el arte y la comunicación por Internet (Croteau y Hoynes, 2000), teniendo como consigna: “Las economías de escala (cómo producir más barato); el poder de escala (cómo lograr una mejor gestión, gracias a la acumulación de las redes, de los sistemas de información, de los talentos); las economías de envergadura (ahorro de costos, produciendo varios productos distintos dentro de una misma rama o la diversificación dentro de la estandarización” (Mattelart, 1996). Y en los últimos años, además, reconociendo que el mundo se está diferenciando y “que es necesario volver a la definición original del término ‘márketing’, que es la de segmentar el mercado en función de las diferencias que lo recorren (Mattelart, 1996).

En los denominados “flujos invisibles”, la comunicación, desde la publicidad y el marketing hasta las telecomunicaciones y la amplia gama de productos de las industrias culturales, se codean con los seguros, los bancos, el turismo y el transporte” (Mattelart, 1996).

En el segundo rol, el de la cultura como proceso social, sin embargo, “más que la aparición de una cultura homogénea global, lo que puede observarse como tendencia más común es la diversidad histórica y cultural: fragmentación más que convergencia” (Castells, 2006: 69). Coincidiendo con Castells, el antropólogo Arjún Appadurai (1990) reafirma que la globalización de la cultura no es lo mismo que su homogeneización: “Pero la globalización implica el uso de una variedad de instrumentos de homogeneización (armamentos, técnicas de publicidad, hegemonías de las lenguas y de las formas de vestir) que son absorbidos por las economías políticas y culturales locales, únicamente para ser repatriados como diálogos heterogéneos de soberanía nacional, de libre empresa y de fundamentalismo [...]”.

“Sólo en la actualidad, cuando se intensifican las tendencias transnacionales, cuando la cultura se convierte en un bien y cuando los cambios técnicos y tecnológicos posibilitan la amplia difusión y masificación de los bienes culturales, podemos hablar de una cultura en proceso de globalización” (Fazio Vengoa, 2001).

Sin embargo, “existe un ‘imperialismo cultural’, y la situación de ‘dependencia cultural’ que éste origina no obedece a una manipulación o una suerte de complot, sino que se debe a un hecho estructural. Los efectos de la dominación forman parte de las raíces del principio del intercambio desigual entre el centro y la periferia” (Mattelart, 1998).

La cultura de la sociedad red global es una cultura de protocolos de comunicación entre todas las culturas del mundo, nodos de un sistema en red de diálogo cultural, desarrolladas sobre la base de una creencia común en el poder de las redes y de la sinergia obtenida al dar y recibir de los demás; “que permiten la comunicación entre diferentes culturas sobre la base no necesariamente de valores compartidos, sino de compartir el valor de la comunicación. Esto quiere decir que la nueva cultura no está basada en el contenido sino en el proceso” y que “no existe oposición entre hipermodernidad y tradición, sino complementariedad y aprendizaje recíproco” (Castells, 2006).

Este enfoque “contribuye a consolidar la solidaridad social dentro de los grupos. Sin embargo, el sentimiento de unidad se basa en visiones comunes respecto del futuro, sustentándose en el pasado y en el presente para alcanzar los objetivos pretendidos. Lo más importante es que tiende a atenuar los conflictos; las personas están más dispuestas a admitir las diferencias y los cambios que las rodean” (Borofsky, 1998).

Si referenciamos este punto de vista con cualquier conjunto social, sea una comunidad y aún los integrantes de una institución compleja, nos identificamos con la dimensión abarcativa que la cultura adquiere en esta concepción, respecto de “los procesos sociales de significación”, los que definen la impronta sociocultural que nos interesa para delinear el contexto del objeto de estudio, entendiendo que desde esta perspectiva puede concebirse a la cultura como una fuerza creativa que le permite a un grupo social asumir y hacer frente a los cambios impuestos y necesarios para progresar en forma sostenible, en un pie de igualdad¹⁸ y equidad endógena y exógena.

Establecido el alcance del concepto de cultura desde el que hacemos nuestro análisis, la dimensión cultural en cuanto hábito colectivo (Bourdieu, 1972) o “gramática generadora” de las prácticas sociales (Rist, 2000) y el capital social o “confianza”¹⁹, en su condición de bien colectivo cuya acumulación beneficia a todos y no sólo a algunos, adquieren una condición diferente, ya no como medios para alcanzar un desarrollo social o institucional sostenible, sino como fines dependientes del modelo propuesto, aunque sea necesario reconocerlos nacidos en una cultura²⁰ específica y, por lo tanto, difícil de desprenderlos de ella.

Según el Informe del Director General de la UNESCO sobre la Década Mundial del Desarrollo Cultural 1988-1997²¹, la dimensión cultural reconoce “las interacciones entre la cultura y los sectores

claves del desarrollo (educación, comunicación, ciencia y tecnología, pero también salud, industria, agricultura, transporte y comunicaciones, hábitat, trabajo, población, entorno) y, en forma más general, entre la cultura y el desarrollo económico y social” (Rist, 2000).

Por otra parte, un texto difundido por el PNUD afirma que “se está haciendo un intento por definir el rol del capital en el proceso de desarrollo para incluir diferentes formas de capital, en especial el capital institucional y social, cuya acumulación podría constituir la médula de una estrategia sostenible de desarrollo humano” (De Vylder, 1995).

En el mismo sentido, Pierre Bourdieu identifica tres tipos de capital que los actores sociales se esfuerzan en controlar y acumular: el capital económico, el capital cultural y el capital social o lo que él denomina “las relaciones” o el conjunto de redes sociales que un actor puede movilizar en provecho propio. Y Robert Putnam emplea “la noción de capital social para definir las condiciones institucionales de una comunidad cívica participativa y viva” (De Vylder, 1995). El propio Stefan De Vylder afirma que existen cinco tipos de capital en el campo del desarrollo humano sostenible: “El financiero, el físico, el humano, el natural y el capital social” que comprenden, por lo menos, las instituciones, la democracia parlamentaria, la prensa libre, el respeto por los derechos humanos, las normas para la interacción social, un sistema judicial que defiende la ley y la justicia, los procesos y estructuras formales e informales -que constituyen la forma en que las instituciones se relacionan entre sí, las normas y redes entre diferentes organizaciones y dentro de ellas, los temas vinculados a la rendición de cuentas y la transparencia y el grado de participación democrática y de control.

La incidencia y articulación entre la dimensión cultural y el capital social en los procesos de desarrollo inclusivo y sustentable, sumado al debilitamiento del Estado, consolida a la sociedad civil que busca la realización de sus intereses, muchas veces al margen de los cauces institucionales, y conforma un componente motivacional nuevo que aspira a evitar que el movimiento social se convierta sólo en reacción y pase a la acción, para transformar el estigma en emblema y la reacción en una acción anticipada (Reguillo Cruz, 2007).

Este componente es identificado en general como empoderamiento social²² y es entendido como la búsqueda de la coparticipación del poder o la capacidad de influir en él a partir de un proceso por el cual, las personas fortalecen sus capacidades, confianza, visión y protagonismo como grupo social para impulsar cambios positivos de las situaciones que viven. “Esto está implicando una transformación fundamental en el quehacer político, distinto al tradicional fuertemente anclado en torno de la dimensión estatal” (Fazio Vengoa, 2001).

Efectivamente, la filosofía del empoderamiento está muy ligada a los denominados enfoques participativos horizontales presentes en el campo del desarrollo desde los años 70, que vienen proponiendo como objetivo de una estrategia de empoderamiento, reducir la vulnerabilidad de un grupo social e involucrarlo en los beneficios de un proceso de desarrollo; es decir, crear condiciones para lograr mayor equidad en cuanto a oportunidades

y derechos, mejorar el acceso a conocimientos, recursos y servicios sociales, así como a la participación en procesos de decisión (COSUDE, 2007).

El proceso de consolidación y ensanche de los alcances del concepto se acentúa en las últimas décadas y alcanza plena vigencia actual.

El empoderamiento se ha convertido en un propósito importante de las intervenciones de desarrollo social en la década del 90. Ha sido operativizado en metodologías prácticas para proyectos y en términos de su efecto e impacto, está empezando a traducirse en acciones observables y medibles. Concretamente, el empoderamiento de la población puede manifestarse en tres áreas generales:

- poder en el sentido de mayor confianza en la propia capacidad para emprender alguna forma de acción con éxito;
- poder en términos de fortalecer las relaciones que establece la población con otras organizaciones;
- poder como resultado de un acceso creciente a recursos económicos como crédito e insumos (INTRAC, 1999).

Al referirse a los nuevos movimientos sociales en busca de empoderamiento, Reguillo Cruz agrega que “entre la homogeneización y la fragmentación, entre la masificación y la tribalización, emerge esta otra vertiente de estudio, donde las formas de vinculación con el espacio urbano y los usos de la comunicación por parte de estos movimientos, juegan un papel central”.

Por último, para completar los alcances del concepto, podemos decir que el empoderamiento está relacionado con el acceso y control de tres tipos de poderes: a) el social, entendido como el acceso a la base de riqueza productiva; b) el político, o acceso de los individuos al proceso de toma de decisiones,

sobre todo aquellas que afectan a su propio futuro y a la rendición de cuentas como resultado de la vigilancia social, garante de mayor transparencia; y c) el psicológico, entendido en el sentido de potencialidad y capacidad individual (Friedman, 1992). Estos poderes se vinculan con tres dimensiones: a) la de las relaciones próximas, como capacidad de negociar e influir en la naturaleza de las relaciones y las decisiones; b) la colectiva, como participación en las estructuras políticas y acción colectiva basada en la cooperación; y c) la personal, como desarrollo del sentido del yo, de la confianza y la capacidad individual (Rowlands, 1997).

En síntesis, podemos decir que “las cuestiones políticas clave que vinculan democracia, empoderamiento y cultura implican los procesos de acceso a la libertad de expresión y al poder. En la dimensión social, el empoderamiento supone el acceso a una pluralidad de fuentes de información, así como a canales de expresión, representación y reparación de situaciones injustas” (Fuentes, 1997).

Bibliografía

BIBLIOGRAFIA

- 1.- Appadurai, A. (1990). Disjuncture and difference in the global cultural economy”, en: Public Culture N°2, Vol. 2, 1990.
- 2.- Augé, M. (1994). Pour une anthropologie des mondes contemporains, Aubier, París, 1994.
- 3.- Bauman, Z. (2006). Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias, Paidós, Buenos Aires, 2006
- 4.- Bell, D. El advenimiento de la sociedad posindustrial, Alianza, Madrid, 1976.
- 5.- Berger, P. ; Luckmann, T., Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno, Paidós, Barcelona, 1997.
- 6.- Borofsky, R., “Posibilidades Culturales”, en: Informe Mundial sobre la Cultura, UNESCO, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Regional de Investigaciones
- 7.- Brzezinski, Z. Between two ages, America’s role in de technotronic era, Viking Press, Nueva York, 1970.
- 8.- Capra, F., Hidden Connections: Integrating the Biological, Cognitive and Social Dimensions of Life into a Science of Sustainability, Random House, New York, 2002.
- 9.- (2004). La globalización. Consecuencias humanas, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1999.
- 10.- Castells, M. (ed.). “Informacionismo, Redes y Sociedad Red: Una Propuesta Teórica”, en: La Sociedad Red: una visión global, Alianza, Madrid, 2006.
- 11.- Cosude, Agencia Suiza para el Desarrollo y la Cooperación, “El empoderamiento es de crucial importancia”, 2007. Disponible en: <http://www.deza.ch/index.php?navID=21734&langID=3> Fecha de consulta: 15 de febrero de 2007. - Croteau, D.; Hoynes, W., Media/Society: Industries, Images and Audiences, Pine Forge, California, 2000.
- 12.- Dahrendorf, R. “Die Globalisierung und ihre sozialen Folgen werden zur nächsten Herausforderung einer Politik der Freiheit”, en: Die ZEIT N° 47, 1997. Disponible en <http://bda.web.aol.com.19971114.html>
- 13.- De Vylder, S., Sustainable human development and macroeconomics, strategic links and implications, UNDP Discussion Paper, Nueva York, 1995. - DRUCKER, P. La sociedad postcapitalista, Norma, Bogotá, 1974.
- 14.- Eco, U., “La fuerza de la cultura podrá evitar el choque de civilizaciones” (Discurso pronunciado en Jerusalén con motivo del doctorado honoris causa concedido por la Universidad Hebrea), El País, Madrid, 12 de junio de 2002.
- 15.- Faziovengoa, H. “La globalización como proceso de larga duración”, en: Reflexión Política N° 5, Universidad Autónoma de Bucaramanga (UNAB), Colombia, 2001.

- 16.- Friedman, J., Empowerment. The Politics of Alternative Development, Blackwell Publishers, Oxford, 1992.
- 17.- Fuentes, C. "Creatividad y Empoderamiento", en: Nuestra diversidad creativa. Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo de la UNESCO, Fundación Santa María, Madrid, 1997. - GARCÍA CANCLINI, N., "Globalizarnos o defender la identidad ¿Cómo salir de esta opción?", en: Nueva Sociedad N° 163, Fundación Friedrich Ebert, Buenos Aires, 1999.
- 18.- Geertz, C., The Interpretation of Cultures, Basic Books, Nueva York, 1973.
- 19.- Giddens, A. Consecuencias de la modernidad, Alianza, Madrid, 1993.
- 20.- Grupoe Von Lissbabon, Grenzen des Wettbewerbs, Bundeszentrale für Politische Bildung, Bonn, 1997.
- HANNERZ, U., Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares, Cátedra,
- 21.- Hermet, G., "¿Diversidad cultural o cambio cultural? Posibilidades y obstáculos del desarrollo participativo", en: KLIKSBURG, B. y TOMASSINI, L. (comps.). Capital Social y Cultura: Claves estratégicas para el Desarrollo, BID, Fundación Felipe Herrera, Universidad de Maryland, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000.
- 22.- INTRAC, International Training and Research Centre, "Seguimiento y Evaluación del Empoderamiento", Oxford, 1999. Disponible en: <http://www.preval.org/documentos/00429.pdf> pp 59. Fecha de consulta: 15 de febrero de 2007.
- 23.- La caída del muro: el magnoacontecimiento de final de siglo", en: Fazio Vengoa, H. y Ramírez, W. (eds.). 10 años después del muro. Visiones desde Europa y América, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI)), Universidad Nacional de Colombia, Santa Fe de Bogotá, 2000.
- 24.- La comunicación-mundo, Siglo XXI, México, 2003 (1992).
- 25.- La era de la información. Economía, sociedad y cultura, Vol. 1: La sociedad red, Alianza, Madrid, 1996.
- 26.- Lacarrieu, M. "Repasando los vínculos entrecultura, campo cultural e industrias culturales", en Observatorio, Industrias Culturales de la ciudad de Buenos Aires N°3, Dossier Cultura, Medios e Industrias Culturales, GCBA, Buenos Aires, 2005.
- 27.- Latina", en: Revista ININCO N° 2, Vol.1, 1981. - MATTELART, A. La Mundialización de la Comunicación, Paidós, Barcelona, 1996.
- 28.- Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales, Universidad Nacional de Quilmas, Buenos Aires, 2005 (1995).
- 29.- Lévi-Strauss, C., Las estructuras elementales del parentesco, Paidós, Buenos Aires, 1969. - MARTÍN BARBERO, J. "Retos a la Investigación de Comunicación en América
- 30.- Medina Vásquez, J.; Ortegón, E. Manual de prospectiva y decisión estratégica: bases teóricas e instrumentos para América Latina y el Caribe, Serie Manuales N° 51, CEPAL, Santiago de Chile, 2006. -

- MIRES, F. "La política en tiempos de la globalización", en: Nueva Sociedad N° 163, Fundación Friedrich Ebert, Buenos Aires, 1999.
- 31.- MongE, P.; Contractor, N., *Theories of Communication Networks*, Oxford University Press, Oxford, 2003.
- 32.- Multidisciplinarias, México, 1998. Disponible en: <http://www.crim.unam.mx/cultura/informe/cap3.htm> Fecha de consulta: 25 de enero de 2007. - BOURDIEU, P., *Esquisse d'une théorie de la pratique*, Droz, Ginebra, 1972.
- 33.- Quiroz, T. Seminario Tecnologías y cultura/comunicación y educación, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 2007.
- 34.- Reguillo Cruz, R. *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), México, 1999.
- 35.- Rist, G. "La cultura y el capital social: ¿cómpliceso víctimas del "desarrollo", en: Kliksberg, B.; Tomassini, L. (comps.). *Capital Social y Cultura: Claves estratégicas para el Desarrollo*, BID, Fundación Felipe Herrera, Universidad de Maryland, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000. - ROSALDO, R., *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*, Grijalbo, México, 1991.
- 36.- Rowlands, J., *Questioning Empowerment: working with women in Honduras*, Oxfam, Oxford, 1997.
- 37.- Sánchez Ruiz, E. 2000, "Globalización y convergencia: retos para las industrias culturales latinoamericanas". Consulta realizada el 19 de noviembre de 2006 en la página web de la Revista de la Universidad de Guadalajara: <http://www.cge.udg.mx/revistaudg/rug20/art4.html>
- 38.- Segato, R., "Alteridades históricas/Identidades Políticas: una crítica a las certezas del pluralismo global", en: Serie Antropología N° 234, Departamento de Antropología de la Universidad de Brasilia, Brasilia, 1997.
- 39.- Sfez, L., *Técnica e Ideología, un juego de poder*, Siglo XXI, México, 2005.
- 40.- Tauber, F. (1999). *Universidad y región*. Revista Extensión. 1 (1), 24-26.
- 41.- Tauber, F. (2005). *La universidad y sus desafíos*. Revista de la Universidad, 1 (33), 49-53. ISSN: 0041-8625
- 42.- Tauber, F. (2006). *Los desafíos en la gestión de la universidad pública. La visión de la Universidad Nacional de La Plata*. Revista iSel, 1 (1), 10-16.
- 43.- Tauber, F. (2007) *La gestión del desarrollo*. Apunte de cátedra, Desarrollo Regional. Argentina.
- 44.- Tauber, F. (2008). *La comunicación en la planificación y gestión para el desarrollo de las instituciones universitarias públicas argentinas: el caso de la Universidad Nacional de La Plata en el trienio junio 2004-mayo 2007*.
- 45.- Tauber, F.; Delucchi, D. (2005). *El rol de la universidad en la asistencia para el desarrollo local*.
- 46.- Tauber, F.; Delucchi, D.; Longo, J. (2002). *Procesos de innovación en la gestión local: información, tecnologías de gestión, participación comunitaria y readecuación organizacional: el caso de Tres Arroyos*.

- 47.- Universitat de Valencia, Madrid, 1998.
- 48.- Vilar, P., Iniciación al vocabulario del análisis histórico, Crítica, Barcelona, 1999.
- 49.- y Mattelart, M., Historia de las teorías de la comunicación, Paidós, Barcelona, 1997.
- 50.- Yúdice, G. El recurso de la cultura: usos de la cultura en la era global, Gedisa, Barcelona, 2003.

Notas

1 El presente artículo forma parte del capítulo inicial de la Tesis “La información y la comunicación en la planificación y gestión estratégica participativa para el desarrollo de instituciones universitarias públicas argentinas: el caso de la Universidad Nacional de La Plata en el trienio junio 2004 mayo 2007”. Dicha investigación se desarrolla en dos partes: la primera indaga sobre el estado de la cuestión en las dimensiones que desembocan en las variables 1) de la planificación estratégica participativa, la gestión y la comunicación institucional y 2) de la educación superior en la Argentina y de la planificación estratégica en las universidades, concentrándose en las universidades públicas argentinas y en particular en la UNLP. Establecido el estado de la cuestión, la segunda parte se enfoca en el análisis del rol de la información y la comunicación en los procesos de planificación y gestión de las universidades públicas argentinas, identificando las estrategias de información y comunicación institucional y profundizando el diagnóstico en la Universidad Nacional de La Plata, concluyendo sobre avances y problemas en su vinculación con la planificación estratégica participativa y la gestión institucional. 2 Los Acuerdos de Bretton Woods son las resoluciones de la Conferencia Monetaria y Financiera de las Naciones Unidas, realizada en el complejo hotelero de Bretton Woods (Nueva Hampshire) entre el 1º y el 22 de julio de 1944.

Allí se decidió la creación del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional y el uso del dólar como moneda internacional, y el principal fue poner en marcha un nuevo orden económico internacional y dar estabilidad a las transacciones comerciales a través de un sistema monetario internacional.

3 El fin de la convertibilidad, que se produjo en 1971 cuando Estados Unidos renunció a la convertibilidad del dólar en oro, y la primera gran crisis petrolera, desencadenada en 1973 por la guerra de Yom Kippur que enfrentó a Israel con sus vecinos árabes, desencadenaron una crisis inflacionaria mundial y el fin de la fase de gran expansión capitalista de las décadas del 50 y 60. 4 La primera Conferencia para la Seguridad y Cooperación en Europa tuvo lugar en Helsinki el 1º de agosto de 1975. Los países firmantes reconocían las fronteras surgidas de la Segunda Guerra Mundial, se reforzaba la cooperación económica entre los bloques capitalistas y comunistas, y la URSS y los demás países comunistas se comprometían a respetar los derechos humanos y las libertades. Tuvo diversas reuniones posteriores, entre ellas la de 1983 en Madrid, y finalmente el 21 de noviembre de 1990 se celebró la cumbre de París en la que oficialmente se puso fin a la “era de confrontación y división”, es decir, a la Guerra Fría. 5 El Muro de Berlín, emblema de la Guerra Fría, cayó en la noche del jueves 9 de noviembre de 1989, 28 años más tarde de su construcción, despejando los obstáculos para la reunificación de Alemania y simbolizando el final/inicio de un nuevo orden mundial. 6 “La coyuntura se define como el conjunto de las condiciones articuladas entre sí que caracterizan un momento en el movimiento global del proceso histórico” (Vilar, 1999).

7 “Generalmente se define la tecnología como el uso de conocimientos científicos para establecer procedimientos de actuación de una manera reproducible” (Castells, 2006).

8 “Innovación es la capacidad para recombinar los factores de producción de una forma más eficiente, o para producir un mayor valor añadido en el proceso o en el producto [...]. La innovación depende de los innovadores y los innovadores [...] dependen de la creatividad cultural, de la apertura institucional ante los emprendedores, de la autonomía laboral en el proceso laboral y de la adecuada financiación de esta economía dinamizada por la innovación” (Castells, 2006).

9 “Las primeras manifestaciones simbólicas se remontan al movimiento por la libertad de expresión de Berkeley en 1964 y al movimiento de mayo de 1968 en París” (Castells, 2006), y se prolongaron en otros movimientos sociales culturales -como el feminismo o el movimiento ecologista-, orientados a una transformación de los valores de la sociedad.

10 “Entiendo por estructura social aquellos acuerdos organizativos humanos en relación con la producción, el consumo, la reproducción, la experiencia y el poder, expresados mediante una comunicación significativa codificada por la cultura” (Castells, 2006). 11 Castells (2006) afirma que la revolución de la microelectrónica que tuvo lugar en las décadas de los 40 y los 50 creó las bases de un nuevo paradigma tecnológico que se consolidaría en los 70, primero en Estados Unidos y luego en todo el mundo, que liberó todas las potencialidades de las redes a partir de la transformación de las tecnologías de la información y la comunicación. 12 Las “redes de comunicación son las pautas de contacto creadas por el flujo de mensajes entre distintos comunicadores en el tiempo y en el espacio” (Monge y Contractor, 2003).

13 La escritura es la tecnología de la palabra. La escritura, la imprenta y la computadora son formas de tecnificar a la palabra. Las lenguas se ejecutan primero y se formalizan después a través de la escritura (Quiroz, 2007). 14 Los Estados-nación se originan a partir del tratado de Westfalia (1648), que puso fin al orden regido por el Papado y el Sacro Imperio Romano Germánico, y se multiplican a partir de la Revolución Francesa durante todo el siglo XIX (Mires, 1999).

15 Según Sfez (2005), “el dispositivo pone en juego una serie de conceptos y argumentos heterogéneos reunidos para constituir un cuerpo, induce una estrategia”.

16 Desde su visión estructuralista, Lévi-Strauss (1969) contrasta con el pensamiento de Rist buscando el principio de deslinde entre lo natural y lo cultural y propone como “principio de análisis ideal” y “a defecto de análisis real”, considerar que “todo lo que es universal en el hombre, proviene del orden de la naturaleza y se caracteriza por la espontaneidad, y todo lo que se refiere a una norma pertenece a la cultura y presenta los atributos de lo relativo y de lo particular”.

17 Mónica Lacarrieu, en su seminario “Cultura e Identidad, Desafíos y Enfoques Contemporáneos”, dictado en 2006 en el marco del Doctorado en Comunicación Social (FPyCS-UNLP), advierte que “toda práctica cultural refleja una sociedad aunque no toda práctica social es cultural”. Afirmando, en coincidencia con García Canclini, que una práctica cultural “es un conjunto de procesos sociales de significación que producen, se reproducen y se transforman en el conjunto de la vida social”.

18 Siguiendo a Eco (2002), “digamos que igualdad significa que cada uno tiene el derecho a ser distinto a todos los demás”.

19 Para que la lógica del mercado funcionara era necesario presuponer algo que se le escapa -o que se opone- a lo que se denominó “capital social” o “confianza”. 20 En el marco del mismo seminario, Lacarrieu afirma que “pensar en lo cultural es pensar en la diferencia. Es una instancia para que cada grupo pueda pensar su identidad.”

21 Doc. 124. EX/18, 5 de mayo de 1986, párrafo 27. 22 El empoderamiento social está directamente relacionado e incluso es un desencadenante de los nuevos modos de gestión de gobierno iniciados en la década del 90 y definidos como “gobernanza”.